



# Tuna España

## Antecedentes históricos de la Tuna.. o no

Autor: Enrique Carrión Conesa "*Don Kike*"

Ilustrado por Enrique Pérez Penedo "*Lapicito*"



Monográfico I



*Tuna España*

**"Semel Tuno, Semper Tuno"  
"TunaEspaña Societas Amicorum Facere"**

*Estimados amigos y amigas:*

*La Tuna es uno de los muchos regalos que España ha hecho al mundo. Es una suerte conocer "La Tuna", un lujo ser "Tuno" y una maravilla pertenecer a "TunaEspaña". Espero y deseo que estos monográficos que editamos los disfrutéis como lo hacemos nosotros y sirvan para mantener viva una de las mas antiguas tradiciones seculares universitarias, de nuestra querida España.*

*TunaEspaña es una gran familia donde conviven Tunos Universitarios nacidos en las 8 últimas décadas, ayer estudiantes, hoy doctores y licenciados. Sus integrantes proceden de muy diversas facultades de múltiples Universidades españolas y hermanas iberoamericanas, dando cabida a Tunos que deseen mantener viva la tradición secular de la Tuna.*

*En diciembre de 2013 fue declarada "TunaEspaña" por el Alto Comisionado del Gobierno para la Marca España, dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores Institución de interés para la Marca España" haciendo constar en el nombramiento que "Tuna España cultiva y promueve los valores que Marca España alienta y patrocina, por lo que constituye una valiosa aportación a la promoción de la imagen de España, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras".*

*El 18 de Octubre 2017, "La Real Casa de la Moneda, Fábrica Nacional de Moneda y Timbre", emitió el primer sello de correos dedicado a la tuna y concretamente a TunaEspaña, así como el Matasellos conmemorativo de Primer día de circulación. Cuando me preguntan que es TunaEspaña, contesto que "TunaEspaña es una Fábrica de hacer amigos" "TunaEspaña Societas Amicorum Facere".*

*Atentamente, recibid un fuerte DonDudoAbrazo.*

**Carlos Espinosa "Don Dudo"  
Presidente Fundador de Tuna España**



Origen Histórico y Sociocultural de  
La Tuna Universitaria

## PREÁMBULO



La institucionalización de que goza la Tuna Universitaria se debe a que ha llegado hasta nuestros días tras un largo proceso evolutivo que ha modificado su concepto, sus modos y sus medios, pero manteniendo su conseguida raigambre. Es por lo que resulta obligado hacer una referencia al tiempo y al lugar -o a la inversa, tanto monta- de su gestación y desarrollo.

En sus caminatas a la búsqueda de un mendrugo de cultura, los estudiantes del Medioevo mendigaban, a las puertas de los conventos, algún plato de comida. Así nació la Tuna Universitaria. Veámoslo:

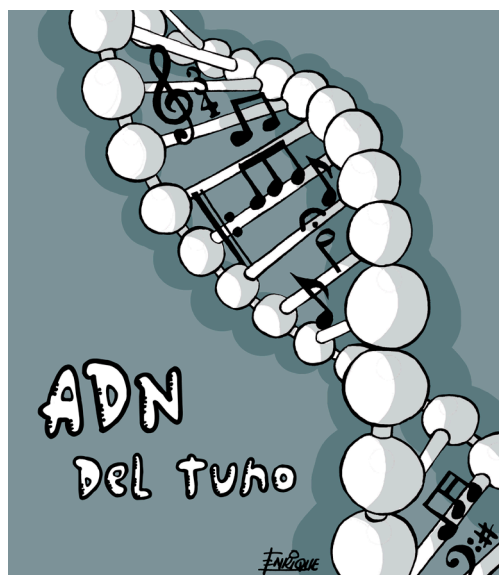


Terminando el *siglo V* (d. de C.), las grandes migraciones europeas cristalizaron, aquí, en lo que, entonces, era la Hispania peninsular, representadas por la llamada Invasión de los Bárbaros del Norte, con la caída del Imperio Romano de Occidente, dando paso, según la más generalizada estimación, al periodo conocido como Edad Media, la cual concluyó, a finales del *siglo XV*, con la Toma de Granada y el Descubrimiento de América.



Se trata de un ciclo histórico, intercalado en la estructuración de nuestra cultura, no suficientemente valorado; algunos *pseudohistoriadores* lo han llegado a tachar de época sombría, carente de indicativos creadores de singularidad alguna.

Sin embargo, no es de admitir que diez centurias -aproximadamente la mitad de las con que en la actualidad cuenta nuestra era- hayan podido transcurrir sin dejar impacto alguno en nuestra conformación sociocultural, toda vez que, en ese dilatado tiempo, tuvo su origen, su ADN, se diría hoy, entre otras, en cuya consideración, ahora, no entramos, la institución que conocemos como La Tuna Universitaria.



También soslayamos -sin dejar de admitir su proyección en todos los eventos de dicha larga etapa, tanto en la conformación territorial de la península como en la configuración de los esquemas de vida de sus gentes- los temas bélicos y políticos -y sus respectivas correlaciones- porque ello nos desviaría del propósito de estas notas, que se ciñen a la fijación del comienzo -el nacimiento- de uno más de los distintivos de nuestra cultura, acaecidos cuando dejamos de ser la Hispania romana.

Durante los *siglos VI y VII*, según se aposentaron en ella los antes citados invasores de la península, -cuyas estructuras políticas, sociales, económicas y culturales eran más primitivas- fueron asimilando en gran parte los valores que han venido a constituir la clave de nuestra civilización: la filosofía *griega*, el derecho *romano* y la espiritualidad *cristiana*, todos cuyos ingredientes renacen y se vigorizan a través de dos preexistencias, por una parte, la de naturaleza religiosa (que ya contaban con arraigo, integrada por diversas órdenes de tal carácter -contemplativas, unas, mendicantes, otras-, monasterios y conventos cistercienses, benedictinos, cartujos, franciscanos, dominicos, etc.), y, por otra parte, la laica, constituida por gentes nativas y foráneas (algunas de éstas, llegadas, ya, con los fenicios -como los numerosos asentamientos judíos-); cuyos núcleos, integrados bajo la fecunda influencia de la Roma Imperial, rompieron con el orden que ésta tenía impuesto en la península y se vertebraron, estableciendo estratos que, paulatinamente, adoptaron esquemas renovadores iniciados por los estamentos más privilegiados -nobleza y clero-, los cuales fueron abriendo paso y espacio a los de otros rangos: mercaderes, comerciantes, artesanos, que, además, ensancharon sus bases con extracciones, incluso, del propio pueblo llano -aldeanos, campesinado y otros componentes- que empezaron, entre balbuceos, a tener voz propia, produciéndose nuevos modos de vida y de convivencia, con paulatino protagonismo de quienes se dedicaban a oficios tales como canteros, herreros, talabarteros, alfareros, tejedores, etc. -y, más adelante, orfebres, joyeros, etc.-; todas cuyas actividades dieron lugar a nuevas agrupaciones: gremios, cofradías, que, por su propio dinamismo -depurando sus primitivas técnicas e incorporando nuevos herramientas, con mejora de los anticuados procesos productivos- fueron los cimientos de una emergente burguesía.

Paralelamente, en estos núcleos se fue acrecentando el interés sobre las formas de pensamiento y de vida del pasado, valorando, cada vez más, sus huellas, con recuperación de los ya citados posos culturales de la época clásica, gracias a la labor callada de amanuenses y copistas -generalmente monjes de las órdenes religiosas antes aludidas- que fueron minuciosos traductores del latín y del griego cultos al *latín vulgar* y, más adelante, a las *lenguas romances*, a base del estudio paciente de manuscritos, códices, inscripciones, pinturas, narraciones orales y todos cuantos medios materiales como inmateriales precedieron a la aparición de la imprenta.



A partir del *siglo VIII*, con la entrada de los árabes, la expuesta vuelta al pasado contó con otro ingrediente cuya concurrencia contribuyó, también, a conformar los modos de vida peninsulares. Tal fue la convivencia de las *tres culturas*, la *cristiana*, la *judía* y la *musulmana*, siendo,

esta última, afortunado puente -con notables traductores de las ya citadas lenguas clásicas, así como de algunas orientales- que impulsó, además, el acceso a otras ciencias, como el *sistema de numeración arábigo* (trayéndonoslo, vía Al-Andalus, primero, a nosotros y, luego, a Europa), la arquitectura, la agricultura y a otras artes, entre las que dejamos citadas la poesía y la música (con aportación de instrumentos, entre otros, los de cuerda -el *Laúd*, que, en su versión árabe, carecía de trastes-; el *Rabel* y el *Rebab*. éste, de cuerda frotada-; el *Bendir*, de percusión; el *Ney*, precursor de la flauta; etc.



A lo largo de los *siglos IX, X y XII*, por una parte, las estructuras romanas, habían cedido sus esquemas centralizadores, en beneficio de la proliferación de nuevas formas de integración de la población; así acaece con los feudos que dan paso a los estratos de la burguesía y al paralelo desarrollo de otros estamentos, acentuándose el protagonismo de las incipientes ciudades. Y por otra parte, la ya más intensificada penetración en los valores grecolatinos, propició la aproximación a los textos que los recogía -importantísimo paso más-, dándolos a conocer y divulgándolos con correlativa creación de ámbitos de estudio, verdaderos focos culturales que constituyen el germen -ya en el *siglo XIII*- de las Universidades, cuyos más significativos hitos son las de Palencia y Salamanca.



Desde el principio de tan dilatado período de tiempo, aparecen en todos los estratos sociales (más acusadamente en los inferiores) los tres más cruentos azotes de la época: *la espada, la peste y las hambrunas*, frente a los que, en el seno de aquéllos, se produce una reacción que se manifestaban de diversas maneras.



Dichas calamidades originan que, huyendo de ellas, las deshabitadas rutas peninsulares se vean atravesadas por la cada vez más abundante concurrencia de una diversidad de transeúntes de distintas procedencias: inmigrantes -alejados, en número creciente, de sus lugares de origen, asolados por una, por otra o por todas las citadas plagas-, frailes y clérigos errantes en constante peregrinaje, buhoneros, arrieros, así como otros indefinibles viandantes, entre los que fueron apareciendo las figuras de los estudiantes, atraídos, estos, por las incipientes fuentes de cultura de que se iban teniendo referencias.

Tal contexto dio lugar a que el cristianismo intensificara la práctica de lo que, desde siempre, había entendido, como una de las motivaciones legitimadoras de su razón de ser: la asistencia a enfermos, ciegos, tullidos y demás desvalidos.

Es por lo que lo que era una tradición secular, se prosigue -e incrementa tanto entre religiosos vocacionales como entre seglares, laicos y gentes del común-, orientada, a la atención de todo tipo de desasistidos cuyo común denominador era la carencia de recursos; todos los cuales contaban, por lo general, de antemano, con la seguridad de una buena acogida, cuando acudían a los sitios en que tales acogidas se dispensaban.



### III

El perfil de los favorecidos con tan caritativas tareas, salvo los errabundos sin origen ni destino cognoscibles, era variopinto. Sus ropajes y atuendos consistían (generalmente, a base de tejido de algodón o lana) en capas o mantos abrochados sobre el hombro, jubones o petos que se ajustaban, por encima de la camisa, enlazados con bragas, sayos o calzas hasta los pies, protegidos, estos, usualmente, con sólidos borceguíes; y casi siempre añadían a su indumentaria algún distintivo que indicaba ora sus procedencias, ora sus dedicaciones u oficios (los que contaban con alguna formación o experiencia), ora ambos particulares.



Para concluir la semblanza a que nos queremos referir, diremos que ya empezaban a hacerse más perceptibles los estudiantes, en torno a los monasterios o conventos donde se impartían doctrinas y enseñanzas, a los que acudían en pos del mejor acceso a las culturas anteriores, así como a la búsqueda de respuestas a las nuevas exigencias y a las posibilidades de posicionamiento que presentaban las realidades de su entorno, partiendo de los conocimientos englobados en las artes y las ciencias del *Trivium* y del *Quadrivium*.



Mientras que la mayoría de quienes deambulaban por el suelo peninsular, lo surcaban en solitario, los estudiantes -ya fueren impelidos por su comunidad de origen (región, pueblo, vecindad o parentesco), ya por la coincidencia en sus deseos de acceder al conocimiento de determinadas materias, ya por constituir una manera de prestarse mutua asistencia, defensa o compañía ante los riesgos y dificultades que presentaban los caminos de entonces- no tardaron en hacer sus recorridos en reducidos grupos, con la variante que después veremos. Era cada vez más usual que, entre los componentes de alguno de estos grupúsculos, hubiera quien/es contase/n con alguna habilidad, como hacer acrobacias, juegos malabares o de prestidigitación, recitar leyendas y trovos o tañer algún instrumento musical -que portaba/n entre sus impedimenta/s- para que fuera más llevadera la soledad o el tedio en las jornadas de sus, a veces, largas caminatas, si bien, éstas, por otra parte, permitían, un amigable intercambio de ideas y pareceres con los compañeros de periplo y una gratificante camaradería, compatibilizando todo con otros momentos de saludables francachelas propias de sus edades).

Singularmente a las horas en que los estómagos o el sueño les daban oportuno aviso, al aproximarse a algún lugar habitado (y según les aconsejaba la experiencia, para tener mejor acogida) se dispersaban, distribuyéndose -aleatoriamente, pero estratégicamente y de uno en uno- los puntos que parecían más propicios para conseguir el sustento más copioso o un descanso, siéndoles preferentes monasterios, conventos, las casas parroquiales, ú otros habitáculos similares. Luego de salvados tales apremios, volvían a reunirse, dándose somera referencia del trato recibido, por si era ó no recomendable repetir la visita al hacer el recorrido inverso hacia sus zonas de origen. Y, acto seguido, proseguían su camino hasta sus destinos previstos de antemano.

Aunque no eran los únicos en portarla, invariablemente, llevaban, a modo de cuchara, un rudimentario utensilio (bien metálico, bien, de madera endurecida, bien de porcelana) de cabeza cóncava (para deglutir sopas o caldos) y largo mango que presentaba uno de sus bordes afilado y un remate en aguda punta (que servía para trinchar alimentos sólidos). Era una herramienta de extendido uso de la que todos los menesterosos iban provistos y que los andariegos estudiantes, lucían, llevándolas prendidas en el hombro, al borde de la capa o manto, junto al hato de sus pertenencias (o atados al instrumento musical de su solaz, quienes contaban con alguno por afición a su manejo y, más pronto que tarde, para deleite de quienes les solicitaban escuchar sus músicas, como referiremos).



Además de la citada cuchara y al igual que todo caminante de aquellos tiempos, portaban, también, ocultos bajo sus indumentarias, cuchillos (navajas, facas, dagas, puñales, o similares) bien como eventuales armas de defensa, bien como herramental para diversos menesteres, incluido su empleo para hacer sonar instrumentos musicales, caso de poseerlos.

Tales eran los dos únicos útiles que constituían la cubertería que habitualmente usaban para la ingesta del sustento que, eventualmente, pedían y lograban. El tenedor era un refinado invento francés que, entonces, se desconocía y que no empezó a utilizarse hasta muy avanzado el *siglo XIV*.

#### IV

Por las formas de practicar sus larguezas, a quienes llamaban a las puertas de su caridad, los benefactores de los menesterosos eran, en su mayoría, eran religiosos vocacionales; por otro lado, estaban los seculares o laicos, a la sazón motivados por las fuertes convicciones de la época, entre las que una de las más significadas era la práctica de la misericordia, presidida por el temor de Dios. Y tal dualidad se reflejaba en los modos en que prestaban asistencia a los menesterosos:



Así, los pertenecientes a órdenes religiosas atendían a los desheredados con los mismos alimentos que consumían los propios miembros de la comunidad de la que formaban cuerpo: alimentación sana y abundante, predominando las verduras que cultivaban en sus propios huertos (remolacha, coles, zanahorias, garbanzos, etc. y algún frutal), aves de corral y sopas, abundantes sopas, hechas con dichos ingredientes y sabiamente aderezadas con ajo, perejil, tomillo, etc. Estas sopas eran verdaderas bendiciones para los paladares y, aunque no muy nutritivas, eran muy apreciadas para los estómagos de los hambrientos. Después de alimentar a éstos, usualmente, sus benefactores los despedían con preces, jaculatorias, citas evangélicas y bendiciones finales, de modo que confortaban, a la par, sus cuerpos y sus espíritus.

El otro tipo caritativo -seculares o laicos- era el paisanaje: vecino de caseríos, aldeas, aldeaños de pueblos mayores o ciudades más populosas, que, generosamente y por amor al prójimo, se aprestaba a la tarea de aliviar a los pedigüeños. Pero, pronto, empezaron a intercalarse en tal menester otras personas con motivaciones menos caritativas o altruistas.

Así, los dueños de *figones*, los *posaderos*, los *mesoneros* y los *venteros*, los cuales también

prestaban asistencia a los necesitados, pero bajo otro prisma distinto. En estos establecimientos las comidas eran, desde luego, más variadas que las habituales de los conventos. Generalmente se hacían a base de carnes -cerdo, ternera, pollo- y de pescados -bacalao, arenques- y, según lugares y climas, con abundancia de salsas, caldos y sopas con sólidas cargadas de judías, garbanzos, lentejas, arroces -nutrientes que daban mucho de sí porque, además, se podían recocinar-. Tales ingredientes (a los que, para prestarles consistencia, a veces, se añadían grumosas gachas de variadas harinas o similares aditamentos), eran verdaderos engrudos pero resultaban muy alimenticios. Por lo demás, los hambrientos que conseguían una ración de estas comidas no tenía problema alguno en deglutirla, salvo que, a veces, su ingesta les ocasionaba una premiosa digestión con -a menudo- ciertas sonoridades en su *externalización*.

Como ya se ha destacado, los condumios más extendidos en la época eran los que tenían como base las sopas, pues admitían varias formas de hacerlas compactas y de darles mayor aprovechamiento, ya que se incorporaban a ellas, en los *figones* o *tabernas*, los residuos de quienes picoteaban en sus tugurios y, en las *posadas*, *fondas*, *mesones* o *ventas*, los sobrantes de los platos (a cuyos componentes ya hemos hecho referencia) de los menús que, no habiendo sido consumidos por su clientela, no permitían su conservación.

Pero, pronto, los dueños de estos establecimientos ofrecían a algunos de quienes les pedían sustento -previa estimación de su apariencia física o gestual y de su buen disposición- realizar algunas tareas que les podrían compensar, siendo las más usuales las de limpieza de chimeneas, de letrinas, de establos, de cuadras, etc., o bien las de fregaza de fogones, cocina o lavandería, En contrapartida, además de avituallamiento, les permitían asearse con las aguas de los abrevaderos o, en su caso, de las acequias de riego de sus huertos. Y hasta les facilitaban, en ocasiones, jergones de paja para alguna breve pernocta.

A veces, las citadas propuestas se ampliaban a determinados limosneros (si tenían alguna habilidad de entretenimiento -como, p.ej., las de recitar leyendas, romances, poesías, tañer instrumentos musicales, hacer acrobacias, etc.-), para que, por algunos días, durante las horas más adecuadas, según la afluencia de la clientela, se lucieran ante ésta con sus exhibiciones. Tales actuaciones, cara al público, podían suponer a sus protagonistas -si tenía éxito, es decir, si captaban y mantenían la atención del público motivando al incremento de sus libaciones- una sensible mejora de trato por parte de los amos del negocio. Así, llegaban a ofrecer a aquéllos estancia por más tiempo, con manutención y alojamiento, incluyendo lechos más confortables, jabones y palanganas para su aseo, así como alguna prenda de ropa para mejorar sus atuendos.

Estos otros trabajos resultaban muy atractivos para los estudiantes, pues podían realizarlos fácilmente, dado que la calidad de las habilidades a desarrollar no era muy alta y les resultaban factible tanto llevarlas a cabo como aprenderlas y/o mejorarlas; pero, además y sobre todo, por suponerles sustentos (y pernoctas) aunque fuere por breves espacios de tiempo, que eran más estables, menos aleatorios que los habituales del día a día de sus andanzas tratando de obviar sus carencias de medios para llegar a su prioritario objetivo de lograr una formación que les permitiese un futuro mejor.

Tan era así que buscaban, preferentemente, estas tareas en los locales situados en las proximidades de las poblaciones donde se ubicaban los centros donde podían recibir enseñanza y estudio. Algunos, para obtener estancias prolongadas, se esmeraban en lucir sus habilidades, unos en la calidad de sus acrobacias o sus juegos malabares o de magia, otros, en sus recitales de romances o musicales, llegando a hacerse asiduos colaboradores en los locales que mejor se adecuaban a sus objetivos. Por tal poderosa razón, a veces, los que entonaban poesías y

cantaban o tocaban músicas ampliaban sus repertorios -que, ya de por sí, no solían ser, precisamente, bucólicos-, seleccionándolos según la catadura de la clientela a complacer, con lo que se ganaban el beneplácito de ésta, manifestado con frases, gritos y carcajadas estridentes (lo que el dueño del local en que se producía tal éxito valoraba con gesto complacido).



## V

Los referidos trabajos dejaban a sus protagonistas tiempos libres que destinaban al acercamiento y aprendizaje de las ciencias, letras y artes con cuyo dominio confiaban acceder a un futuro que les permitiera ejercitar las profesiones mejor apreciadas en sus lugares de origen o en las zonas circundantes más prósperas (medicina, farmacopea, derecho, teología, astrología etc.).

También disponían, lógicamente, de horas de asueto que disfrutaban entre ellos, con jolgorios propios del común de sus edades; e, incluso -en ocasiones y con módicos estipendios de por medio-, atendiendo requerimientos de terceros para dar breves conciertos o para entonar serenatas con sus recitales e instrumentos musicales a las mozas que lo mereciesen.

Todas dichas actividades, los estudiantes a que nos referimos las practicaban, siempre -se ha de insistir en ello, para entender los perfiles de los tipos humanos a que nos estamos refiriendo-, subordinadas a los propósitos que les habían hecho dejar sus lugares de procedencia y separarse de sus familias; es decir, supeditadas a sus firmes decisiones de llegar al dominio suficiente de actividades profesionales que les permitiese en el futuro una adecuada y lucrativa ubicación en el tejido social circundante.



Desafortunadamente, se producían deserciones por distintos motivos. Unos, obligados a volver a sus casas, para procurar, imperiosamente, un mínimo sustento en sus familias, unciéndose a trabajos u oficios menores, pero con remuneración inmediata; otros, enamoradizos, por encontrar, en algún lugar de los que recorrían, razones sentimentales, a la par que obtenían medios de vida suficientes para una subsistencia decorosa; algunos, porque consideraban excesivo el esfuerzo físico y mental necesario para llegar al dominio de los estudios necesarios para lograr los conocimientos constitutivos de la profesión a que aspiraban y, sin confesar sus fracasos, abandonaban la enseñanza, buscando otros horizontes más asequibles.

## VI

La génesis de la Tuna Universitaria se ha de entender como el fruto de unos esfuerzos individuales nobilísimos de muchachos que, en proceso de formación, y sin contar con recursos materiales para ello, se separaban de sus entornos, para lanzarse a la aproximación de las escasísimas fuentes de cultura de su época con el fin de adquirir los conocimientos científicos o artísticos suficientes para hacerse hombres de provecho.

En estos jóvenes estudiantes, responsablemente alegres, alegremente responsables, con sus actitudes, su empeño -incluso podría hablarse de tenacidad- en alcanzar sus objetivos, había brotes de los gérmenes de valores constitutivos de las esenciales características de un perfil humano de un óptimo desarrollo de sus tallas tanto mentales como espirituales

Esta conclusión es la que legitima la afirmación de que el embrión de lo que es la Tuna Universitaria se halla en los esquemas descritos, auténticos pilares de su institucionalidad.

Por ello, los que fueron, han sido, son y serán miembros de una Tuna Universitaria siempre llevan un hilo conductor -mejor, decir una conexión inalámbrica, por estar en la jerga de hoy- indefinible, que los conecta tanto con los orígenes expuestos como entre sí, al reconocerse.

Así nació la Tuna Universitaria. Lo que el devenir de su largo proceso evolutivo ha modificado en su concepto, en sus modos y sus medios, ya es otra historia.



© TunaEspaña  
© Textos: Enrique Carrión Conesa "*Don Kike*"  
© Ilustraciones: Enrique Pérez Penedo "*Lapicito*"

Diseño colección: Álvaro Díaz López "*Don Aberroncho*"  
Imprime: GRAPA IBÉRICA  
Edita: TUNA ESPAÑA

Depósito legal: **M-3302-2016**  
Sello Editorial: TUNA ESPAÑA

**Reservados todos los derechos:**

Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de los autores como del editor.



# Tuna España



[www.tunaespana.es](http://www.tunaespana.es)

*Tuna España*

